

# SOCIALES en DEBATE 07

## **Soberanía alimentaria:**

algunas ventajas de un concepto surgido  
de las bases campesinas

DIEGO DÍAZ CÓRDOVA

LICENCIADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

FFyL - UBA



## Introducción

El concepto de soberanía alimentaria abarca varios aspectos importantes, relativos tanto a la cuestión ecológica, como política, económica y cultural. La definición más básica de la soberanía alimentaria afirma que es el derecho de cada pueblo a tener alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, producidos en forma sostenible y accesibles a la gente. La soberanía alimentaria es una superación, si se quiere dialéctica, del concepto de seguridad alimentaria. Este último es una suerte de índice, elaborado en las oficinas de FAO (*Food and Agriculture Organization of the United Nations*), que señala la necesidad del acceso a alimentos suficientes, seguros y nutritivos por parte de toda la población de un país o región. Hay entonces una clara diferencia entre una y otra forma. La soberanía apunta a las necesidades de todo tipo que involucran a la producción, comercialización y consumo de alimentos; la seguridad es una medida, cuya definición se fue ampliando con el tiempo, que señala y muestra la situación de una población dada con respecto a la posibilidad de alimentarse según criterios determinados: disponibilidad, acceso, utilización y estabilidad.

Una diferencia fundamental entonces entre los dos conceptos es el origen. La seguridad alimentaria fue concebida por “expertos” de Naciones Unidas, es de clara extracción académica y administrativa. Surgió a finales de la década de 1970, en coincidencia con la mal llamada “revolución verde”. Mal llamada verde, porque en realidad no es ecológica, puesto que en su mayoría son agroquímicos derivados de petróleo. Mal llamada verde porque en realidad fue denominada así por William Gaud, quien la contrapuso a la “revolución roja” socialista. Es cierto también, y esto hay que remarcarlo, que los sistemas agrícolas anteriores a esta tecnología, tenían una productividad muy baja y con estos adelantos, la posibilidad de producir una cantidad enorme de alimentos se hizo realidad. De hecho y para la década del ‘80, el mundo alcanzó la disponibilidad alimentaria; es decir había y hay alimentos para todos los habitantes del planeta. La seguridad alimentaria, como todo índice, tiene una semántica asociada, vinculada fundamentalmente con una lógica de investigación científica e implementación política. Un modelo de arriba hacia abajo.

Por el contrario el concepto de soberanía alimentaria no surge de la academia ni de un organismo multilateral, sino de la reflexión teórica y de la práctica política de organizaciones campesinas. En la década del '90 y a tono con la imposición del modelo neoliberal y del Consenso de Washington se produce una concentración de capitales que impacta directamente sobre la producción alimentaria. Las fusiones de empresas fueron moneda corriente y la Argentina fue un claro ejemplo de ello. Las multinacionales compraban todas las industrias locales y las que no podían comprar, las fundían. Esta concentración de capitales tuvo su correlato en una concentración de tierras que impactó directamente sobre el modo de vida de muchísimos campesinos en Latinoamérica, África y Asia. Pero la globalización que los golpeaba, les permitió, a la vez, también unirse y así surgió Vía Campesina, como una internacional campesina. En el fragor de esa lucha se acuñó el concepto de soberanía alimentaria, que implicaba principalmente la conquista de un derecho con respecto a la alimentación. Un modelo de abajo hacia arriba.

## La situación actual de la alimentación en el mundo

La alimentación actual de una gran parte de la humanidad, proporción que crece con el tiempo, se encuentra en manos de unas pocas industrias con capitales transnacionales. El control que ejercen es vertical, produciendo, transportando y comercializando, es decir dominando todas las etapas del fenómeno alimentario. Se calcula que aproximadamente el 56% de la producción agrícola es familiar y el 44% restante se corresponde con una agricultura industrial. Pero que la agricultura sea familiar no implica que necesariamente se corresponda con una forma campesina de producción y que no sea la industria multinacional la que domina el mercado. En la división clásica, el campesino es aquel que produce para la satisfacción de las necesidades y no tiene un afán de acumulación. Por el contrario el granjero (*farmer*) orienta su producción al mercado y no necesariamente consume lo que produce. Al mismo tiempo las mega industrias alimentarias suelen comprar la producción a diversos grupos de agricultores, tanto campesinos (algún excedente) como *farmers*, no necesariamente ellos mismos producen todo. Al ser un solo comprador (que adquiere toda la producción) puede fijar el precio que paga. Es por tanto un mercado monopsónico y los pequeños productores, más allá de su categoría sociológica, deben aceptarlo bajo el riesgo de rechazarlo y quedarse sin poder vender la producción.

Las mega industrias alimentarias compran barato a los productores y venden caro a los consumidores, priorizando sus ganancias por sobre las preferencias en gustos y conveniencias en salud de la población. La variabilidad alimentaria, indispensable para una alimentación sana y adecuada, choca de lleno con las ponderaciones, en términos de gastos y logística, de las empresas. La diversidad de

alimentos es reemplazada hoy en día, en la góndola del supermercado, por una multitud de marcas, de variaciones espurias, basadas en un poco más o menos de colorante, un poco más o menos de saborizante.

La epidemia de sobrepeso y obesidad que vive el mundo actual es, sin lugar a dudas, en un porcentaje muy grande, responsabilidad de esa industria. Los alimentos ricos en grasas y en azúcares son los más baratos y por lo tanto los más accesibles en un mundo en donde la mayor parte del alimento se obtiene a cambio de dinero. Aparecen, entonces, en los últimos años, en los sectores de menores recursos, los problemas que antes eran propios de los sectores más acomodados. Las enfermedades no transmisibles vinculadas con el sobrepeso y la falta de actividad física golpean ahora a toda la sociedad. El agravante, en la población sin recursos, radica en la carencia de medios para su diagnóstico y tratamiento. Generalmente no cuentan con obras sociales u otro tipo de cobertura y por lo tanto las posibilidades de aumentar la morbilidad y la mortalidad son mucho mayores. Otro fenómeno vinculado con esta cuestión es el de la urbanización. El capitalismo, desde sus inicios, es un sistema que tiende a agrupar a la gente en el entorno urbano. Y esta residencia promueve, fundamentalmente por la falta de tiempo y espacio, la dependencia alimentaria del mercado. No hay huertas urbanas, salvo excepciones (que en general son reprimidas). Al mismo tiempo, la mejora en los medios de comunicación y de transporte y el cambio en las actividades laborales reduce la actividad física, que se ve prácticamente circunscripta a los gimnasios y, por lo tanto, a quien pueda pagarlos: esto también favorece el desequilibrio en el peso.

La seguridad alimentaria se basa en las características del sistema, no cuestiona al capitalismo, sino que intenta, dentro de esos límites, imponer normas para obtener una alimentación sana y adecuada. No pretende cambiar el sistema, sino basarse en la modalidad empresarial. Tanto la revolución verde como la revolución transgénica permiten mejorar en cantidad la producción y, por lo tanto, es eso lo que se promueve. Dos temas importantes quedan fuera de la agenda. Por un lado los subsidios que los países más poderosos del mundo, sobre todo en Europa Central y en los Estados Unidos, pagan a sus agricultores. Estas medidas tienden a bajar el precio de los alimentos, lo que atenta contra los países productores. Paradojas de la economía moderna, una baja en los precios de los alimentos, termina por

afectar a los países más pobres. Por el otro lado el uso de esa tecnología hace a los productores dependientes de las empresas, ya que las semillas tienen patentes y para poder utilizarlas no sólo hay que pagar un *royalty* (derechos de uso) sino que es necesario contar con todo un paquete tecnológico para que puedan funcionar. En general desde los organismos multilaterales se promueven créditos para el uso de estas tecnologías; créditos que no hacen más que endeudar a países ya endeudados, dados los problemas con los subsidios que ya mencionamos y los beneficios que reciben las multinacionales que los producen y los bancos que los facilitan.

La seguridad alimentaria sirve, evidentemente, como índice, como una forma de medir el peligro de caer en hambrunas y promover acciones políticas para evitarlas. En los últimos tiempos hubo situaciones graves de inseguridad alimentaria en varios países africanos (Sudán del Sur, República Centroafricana), motivadas por los conflictos bélicos que allí suceden y que conllevan el desplazamiento de los campesinos y, por lo tanto, la improductividad de esas tierras. Es también paradójico que esos conflictos se sucedan en función de intereses que se corresponden con empresas multinacionales y no con los intereses concretos de esos países. También es notable que las armas que se utilizan en esos conflictos se fabriquen y comercialicen en los países más poderosos y que la salida propuesta por una entidad como la ONU, se base en la tecnología (y por ende en los beneficios) de empresas que pertenecen a esa élite del mundo. Aun así es la FAO una de las pocas instituciones que informa e intenta hacer algo al respecto.

## La soberanía alimentaria y el cambio de paradigma

Como se señaló al comienzo del artículo la soberanía alimentaria es un concepto que plantea un derecho, que fue concebido al calor de la lucha política y no en los cómodos despachos de un campus u organismo multilateral. Plantear un derecho significa reconocer una necesidad y asumir que es posible satisfacerla mediante la conquista social. La novedad radica en que el clamor es global, pero atendiendo a las necesidades locales, y que implica un paradigma diferente al que se propone desde la seguridad alimentaria.

El campesinado, si se nos permite la categorización, fue durante el siglo XX uno de los protagonistas principales de las revoluciones sociales que sacudieron el planeta. La Revolución Rusa, la Revolución Mexicana, la china, la vietnamita y la cubana, por mencionar algunas, tuvieron un componente campesino fundamental en su desarrollo. Incluso podemos afirmar que su protagonismo no estaba en los planes de nadie, al menos no de los revolucionarios del siglo XIX, que pensaban que el sujeto histórico era el proletariado industrial. Esto no quiere decir que todos los campesinos hayan sido o sean revolucionarios, simplemente indica que hay una trayectoria histórica clara en ese heterogéneo conglomerado social.

Esta suerte de tradición no lineal es la que permite hoy que exista Vía Campesina y contar con propuestas como la presentada, que intentan escapar de la lógica del lucro, proponiendo formas y métodos integrales tanto de producción, como de comercialización y consumo. No son menores en su definición los conceptos vinculados con la alimentación nutricional y culturalmente adecuada, producida en forma sostenible. Esto revela un conocimiento profundo de la epidemia de sobrepeso y obesidad que hoy en día padece el mundo, así como de las formas puramente comerciales de la alimentación industrial. Frente a ello se propone una agroecología y una forma de mercado muy vinculada con lo que se llama "comercio justo". Al mismo tiempo en sus declaraciones se postula la reivindicación de la mujer como productora y parte fundamental del modo de producción campesino. Y de hecho en sus conferencias y planteos el rol de la mujer es indispensable y su presencia mayoritaria. Entre los temas centrales que involucran al concepto está la cuestión de las semillas. Desde la aparición de la revolución verde y luego de los transgénicos, las empresas multinacionales tienen derechos sobre las semillas. Por lo tanto los campesinos y todo aquel que utilice esas semillas, deben pagar un *royalty* por su uso. Más allá de la incongruencia de querer aprovecharse de los 10.000 años de antigüedad que tiene la agricultura (con sus consecuentes, vitales y constantes ensayos y errores a lo largo de todo el mundo), esta situación coloca a los productores en una clara situación de vulnerabilidad, toda vez que la producción agrícola basa su potencialidad en la posibilidad de la próxima siembra y de la próxima cosecha. Y por supuesto el tema central está vinculado con la cuestión de la tierra. "La tierra para el que la trabaja" era uno de los lemas de la Revolución Mexicana y es uno de los motores de las acciones políticas de Vía

Campesina. En sus reivindicaciones denuncian el acaparamiento de tierras y los desplazamientos que las poblaciones tanto campesinas como originarias sufren por parte de terratenientes, generalmente vinculados con las empresas transnacionales.

Desde ciertas posiciones de izquierda, tanto el concepto de soberanía alimentaria, como las acciones de Vía Campesina fueron criticadas. Fundamentalmente se les objetaba que entre sus postulados no estuviera la “socialización de los medios de producción” y que su postura fuera similar a la del “viejo populismo agrario”. También se criticaba que muchos de los “campesinos” tuvieran otras fuentes de ingresos, que permitían entonces calificarlos como “semi proletarios”. Creemos que estas posturas son un tanto elitistas, ya que sostener esos planteos es desconocer el papel del campesinado en las revoluciones sociales del siglo XX; de la misma forma que criticar sin tomar en cuenta el esfuerzo que realiza la Internacional Campesina es de un purismo espurio. Aquí no sólo hay un esfuerzo intelectual, sino que ponen el cuerpo, literalmente. Los miles de muertos producto de las represiones legales e ilegales a sus luchas son una prueba evidente del compromiso.

Por último, y para quien esto escribe, que proviene del ámbito académico, es sumamente gratificante ver que estos conceptos no fueron acuñados en claustros universitarios, sino que provienen directamente de las bases. Una prueba más que el verdadero cambio no pasa por los discursos de intelectuales y militantes de salón, sino por la lucha y la reflexión de quienes no tienen otra posibilidad que la de llevar adelante una vida digna y congruente con los postulados presentados. A ver si de una vez por todas reivindicamos un poco más a Menocchio y condenamos un poco más a los nuevos Clemente VIII, que pontifican y condenan sentados detrás de un escritorio.